

Jean-Luc Marion, intérprete de Santo Tomás de Aquino

SERGIO CLEMENTE BENÍTEZ MARTÍN

«Santo Tomás de Aquino y la onto-teo-logía» es un texto presente en la obra *Dios sin el ser* del francés Jean-Luc Marion. Es innegable que, cada vez más, Marion es un autor reconocido no solo en el mundo francófono, sino de forma creciente en el ámbito hispanohablante. Me siento en la necesidad irrefutable de mencionar que Marion vuelve a estar de actualidad, puesto que recientemente ha participado en la gala de entrega del premio *Ratzinger* que recibió el pasado año y que, debido a la pandemia, no había podido ser entregado.

La obra de Jean-Luc Marion es reconocida por su famosa trilogía dedicada a René Descartes, conformada por *La ontología gris*, *La teología blanca* y *El prisma metafísico*. Además, ya en relación con el tema de este extracto de la obra, destaca en el conjunto de su obra la revisión y reinterpretación de Agustín y Tomás de Aquino, quienes son de las figuras más importantes de la filosofía medieval.

La traducción al castellano de *Dios sin el ser* se publica en el año 2010 y se suma a otras obras del autor que tenemos traducidas a nuestro idioma. La traducción de *Dios sin el ser* corrió a cargo del Dr. don Daniel Barreto, profesor del Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias, el Dr. don Carlos Enrique Restrepo, profesor del Instituto de Filosofía, perteneciente a la Universidad de Antioquia y el Dr. don Javier Bassas Vila de la Universidad de Barcelona.

El texto es una disertación que pretende hacer que el lector descubra juntamente con el autor de qué forma santo Tomás de Aquino se aleja del concepto de *onto-teo-logía* de Heidegger e incluso de la metafísica. Para esto Marion parte de las tres características que el filósofo alemán da a *ontoteología*, a saber, la fundación conceptual del ente por el ser, es decir, pensar el ser en tanto que ente; la

fundación de los entes por el ente supremo según la causalidad eficiente y, por último, la identificación de Dios, del *ser* como *causa sui*.

Heidegger lee la historia de la filosofía como la historia del olvido del Ser, es decir, como una historia de confusión entre el ser y el ente, y esto es lo que él denomina *diferencia ontológica*. En este contexto de «acusación heideggeriana» por tratar a toda la historia de la filosofía como la historia de un olvido, surgen voces como la de Jean-Luc Marion que considera a Tomás de Aquino lejos de esa concepción del alemán, en este sentido –y gracias a la analogía–, santo Tomás de Aquino queda fuera, salvado, de pertenecer a la Historia de la metafísica en tanto que confusión de la diferencia ontológica.

El pensador católico francés se da cuenta de que, desglosando cada una de las características que Heidegger atribuye a la ontoteología, Tomás de Aquino no cumple la primera de las características, esto es, no trata al *ser* en tanto que ente. Puede defender esto al diferenciar el *esse commune* del *esse* divino. Lo que hace el filósofo medieval es, por tanto, proponer que el *ser* propio de Dios se arranca de la metafísica en tanto que «se libera también de su modo de inteligibilidad»¹.

También es importante subrayar cómo Tomás destaca, siguiendo al maestro Aristóteles, que el orden del conocer es justamente de dirección opuesta al orden del ser. Que lo primero (*per prius*) en el ser, lo fundamental de las cosas, lo esencial y permanente, no es lo primero en el proceso de nuestro conocer, sino lo último. Llegamos a lo fundamental, esencial o constante de la realidad después de una larga carrera de investigación; siendo lo primero que se ofrece a nuestra conciencia lo exterior, lo accidental, lo apariencial de la realidad.

El segundo de los argumentos ontoteológicos de Heidegger es el de la concepción del Dios metafísico por su fundación eficiente de los entes, incluso por la fundación eficiente del ser en general. Ahora bien, tal y como explica Marion, Tomás de Aquino «anula la fundación causal recíproca de los entes y del ser porque recurre a la analogía entre ellos y no somete el *esse* a la exigencia de una fundación, pensando la casualidad a partir de la creación e ignorando todo “principio de razón suficiente”»².

Por último, Marion demuestra que, siguiendo la filosofía del medieval, santo Tomás de Aquino no considera legítimo asignar la función de *causa sui* a lo que él conoce por Dios. Santo Tomás considera que ninguna cosa puede cau-

¹ JEAN-LUC MARION, *Dios sin el ser*, traducción de Daniel Barreto, Carlos Restrepo y Javier Bassas, Ellago, Pontevedra, 2010, p. 281.

² *Ibidem*, p. 292.

sarse a sí mismo y, además, el *ser* divino no puede sujetarse a la causalidad porque él mismo es la causa de todos los entes, la causalidad por tanto, solo estaría en juego para los entes cuya esencia difiera de su *esse commune*, que no es el caso del *esse* divino, es decir, no para Dios. El tercero de los principios de la constitución ontoteológica de la metafísica, el de asumir el nombre de *causa sui*, Tomás de Aquino se opone a este como a los otros dos principios y, de ninguna manera, debe reducirse a Dios a la función de *causa sui*.

De esta forma, Marion concluye diciendo que el pensamiento de Tomás de Aquino «no pertenece para nada a la constitución onto-teo-lógica de la metafísica, entendida al menos en el sentido estricto en que la expone Heidegger»³.

Ahora bien, como hemos dicho, si nos atenemos a los principios de la ontoteología tal y como Heidegger los explica, Tomás de Aquino no pertenece a esta ni tampoco pertenece a la metafísica en sentido histórico estricto, pero si partimos de la condición previa de toda *ontoteología*, y esta es que Dios se inscriba sin reserva alguna en el horizonte del ser, Tomás de Aquino sería el primero de los ontoteólogos y el más radical, puesto que Dios no se entiende como un ente supremo, ni como un ser indeterminado, sino como *el Ser*, el *Esse* puro como tal.

En resumen, en esta edición de *Dios sin el ser*, Jean Luc-Marion rectifica la hipótesis de que santo Tomás había confundido el ser con el ente y afirma que el autor medieval está libre de la ontoteología de Heidegger, que pervive en él, en términos de Heidegger, la diferencia ontológica. El pensador medieval reconoce en todo momento que cualquier cosa que pensemos, que disertemos, que especulemos acerca de Dios lo decimos en la analogía *entis* (del ente), porque Dios es inconmensurable. Todo lo que decimos de Dios es analógico, y, en tanto que analógico, pura narrativa.

³ *Íbidem*, p. 297.